

levisión (incluso por encima del libro) puede cumplir en la educación y en la necesidad de evasión del público, sino que damos a la TV el valor que tiene como instrumental bélico en el contexto de la contradicción fundamental universal.

Este análisis de partida puede trasladarse íntegramente a la relación televisión-literatura, que de momento se ha resuelto por una simple corrupción literaria ejercida por la TV, siendo excepciones determinadas unidades expresivas televisivas que hoy podemos considerar como punto de partida para una futura evolución de la TV como medio expresivo propio. De momento, la TV se ha limitado a utilizar la literatura para desvirtuarla ante las masas. Partiendo, una vez más, de la providencial evidencia de un estado del gusto comunitario y sin

el más mínimo propósito transformador, la TV se ha limitado a ratificar el «status» literario que más interesaba al sistema (basta ver la programación del teletexto o de la telenovela) o ha tratado de oponerle sus mecanismos peculiares para crear subgéneros (tefilm).

Las telenovelas

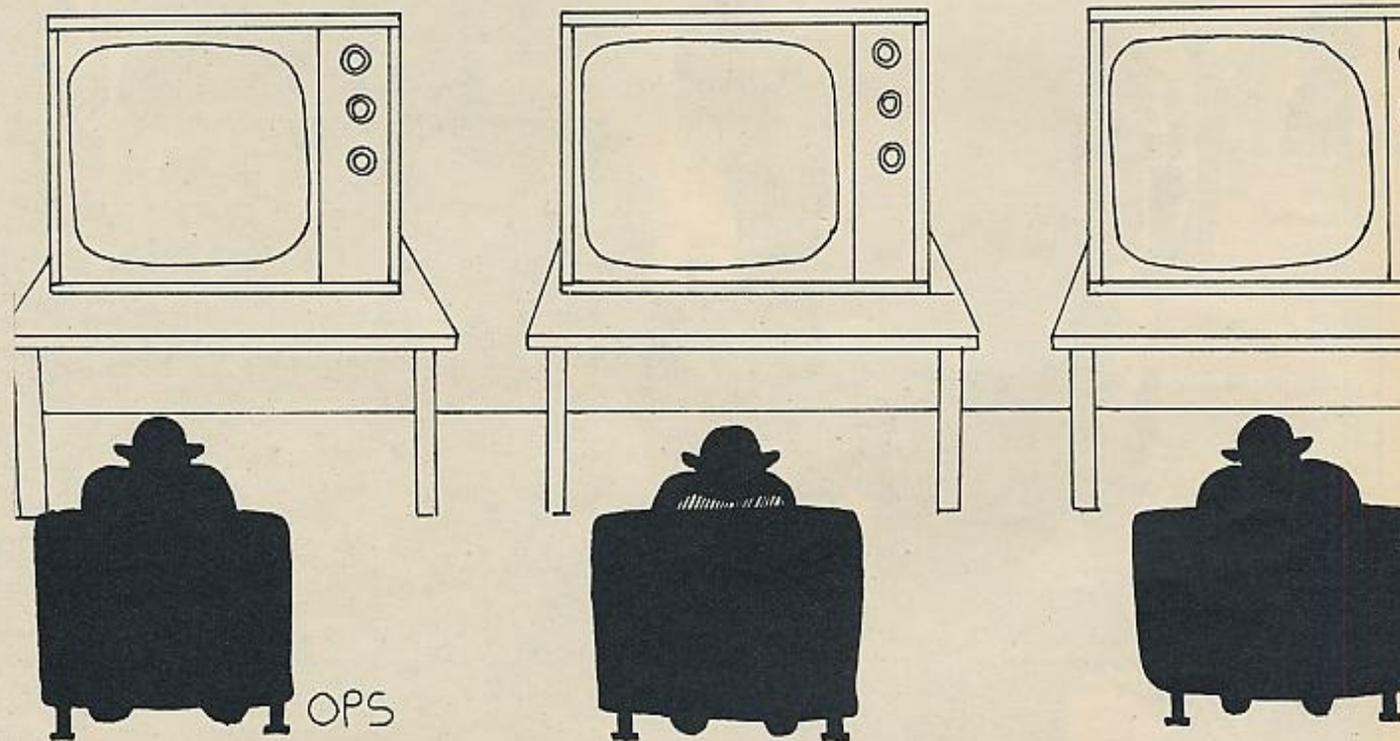
La cultura anglosajona (expresión por excelencia del capitalismo) ha creado el culto a la digestión. No es de extrañar que las publicaciones de máxima tirada sean los *digestos* («Reader's Digest», como el más conocido), basados en la traducción de cualquier tema a un lenguaje total-

mente asimilable por cualquier público. Una variante del *digesto* es la «traducción» de textos literarios a niveles lingüísticos más «digeribles». La TV se aplica entonces sobre el texto literario original con una inmensa capacidad de maniobra. Ante todo, puede discriminar, y así vemos cómo se seleccionan novelas bajo el pretexto de sus naturales cualidades televisivas y, una vez seleccionadas, se manipulan bajo idéntica motivación. Los televidentes pueden «ver», de este modo, la literatura sin necesidad de leerla, y llegan a situarse ante ella como ante un hecho cultural absoluto que precisa de la actualización de la televisión.

Se ha especulado mucho sobre el antagonismo base entre TV y cine o TV y teatro, pero más bien se trata de un antagonismo coyuntural planteado al nivel in-

dustrial y comercial. La TV puede integrar con fidelidad lingüística (con un mínimo de degradación cultural) al cine y al teatro. Pero el antagonismo real planteado por la TV se dirige, sobre todo, a la cultura escrita y a la palabra como expresión de la idea. La opción palabra-imagen adquiere en la TV una definitiva disyuntiva; definitiva, porque es una disyuntiva exterminadora. La TV cubre todo el tiempo de ocio cotidiano de la inmensa mayoría, incluso aquellos ratos perdidos utilizados para la lectura de literatura de consumo. La TV puede sustituir uno por uno todos los nexos que aún ataban al pueblo con la literatura.

Cada uno de los subgéneros literarios que integran la literatura de consumo tienen su victoriosa réplica televisiva: la novela de aventuras (con todas sus gamas),



LO SUB

la novela amorosa e incluso puede cubrir la necesidad de esa literatura de consumo de **calidad** (Vicky Baum, Lajos Zilahy, Cecil Roberts, Edna Farber, Margaret Mitchell, Leon Uris, etc., etc.). Y cuando no sustituye el subgénero por un género televisivo equivalente, recurre a lo que ya hemos hablado sobre la manipulación digestiva de textos literarios originales.

Tal vez la organización televisiva liberal y capitalista más típica (la americana, por ejemplo) pueda dar pie al análisis oportunista y factual de McLuhan. Pero habría que oír las críticas de los profesionales de la ORTF (Organización de la Radio y la Televisión Francesa), a raíz del Mayo francés, para comprender hasta qué punto salta a la vista, es asimismo evidente, la insuficiencia de un análisis exclusivamente lingüístico de la TV. Estamos

ante el instrumento político más fabuloso de todos los tiempos, y las denuncias de los profesionales de la ORTF (actuantes según las reglas de un sistema de democracia formal burguesa) se fundamentaban en la raíz de una televisión convertida en monopolio del Estado. Contra lo que pueda parecer, este monopolio no significa una garantía de que la televisión será un instrumento neutral ante la dinámica interna de la comunidad, sino que bajo el patrocinio del Estado tiende a convertirse en un sutil instrumento al servicio del sistema. A través de la programación —razonaban los profesionales de la ORTF— se escoge una sutil red de telaraña que envuelve al sistema y le protege: desde la estela que deja un programa de «Bonanza», hasta la adaptación de una novela de Maurois (y no de

Sartre), o la profusión del «thriller» como excepcional medio de inocular una inconsciente psicosis de defensa en el público: psicosis de defensa y, por lo tanto, de recelo y de insolidaridad.

El argumento macluhaniano de que el libro «aisla» y la televisión «uniforma», no puede tener una interpretación superadora, progresiva. La televisión uniforme, pero no para solidarizar, sino para individualizar aún más el conjunto de humanidad sometido a sus propuestas larvarias.

Los géneros televisivos

La TV se plantea como un servicio total en el que el consumidor puede encontrar todo cuanto

necesite. Es un supermercado del ocio, con un mínimo de molestias de traslado por parte del consumidor. Incluso se le facilita un sistema de control a distancia para que pueda cambiar de canal o de intensidad, brillo o tono, sin moverse de su butaca-placenta.

Este supermercado teleambulante facilita cualquier conexión con la realidad y la ficción que ha caracterizado el ocio humano a través de los siglos. Le suministra información (telediarios, documentales, encuestas, entrevistas) y a un nivel de evidencia muy superior al que hasta ahora hayan podido suministrar los medios informativos prehistóricos. La imagen informativa llega al lector con una inmediatez total, no la filtra el lenguaje transmisor del cronista, que podría introducir gérmenes de distanciamiento

